

TERNURA, DESAFÍO DE ESTE TIEMPO

«La ternura es la columna central que sostiene la vida»

José Víctor Martínez Gil

P. Juan Pablo Roldán, CSsR

El 11 de octubre cumpliremos 205 días de confinamiento en nuestro país, fruto de las medidas de cuidado y prevención dispuestas por el Gobierno, ante el coronavirus. Un récord increíble a nivel mundial. La cuarentena, devenida en «bicentena», nos deja mucha intranquilidad, incertidumbres, sinsabores y una lista grande de cuestionamientos. ¿Habrá sido necesario tanto esfuerzo? ¿Ayudó esto a aplacar un poco más los efectos del virus? ¿Cómo nos recompondremos a nivel familiar, económico, educacional, sanitario? ¿Cómo será el regreso a las escuelas, celebraciones y cultos religiosos? Estas preguntas son las que hoy nos acercan y emparentan con todos los hombres del mundo, sin distinción de raza, cultura, idioma, credo, porque la pandemia nos ha hermanado en la enfermedad y en la provisionalidad.

Así como el Covid-19 nos ha hecho tomar conciencia de nuestra condición frágil y vulnerable, también nos está alertando y dando señales acerca de su curación. La solidaridad, el amor, la ternura, son verdaderos anticuerpos que nos defienden de todo injusticia, egoísmo e individualismo.

El papa Francisco, desde el comienzo de su pontificado, nos invita «a la revolución de la ternura», a imitación del Hijo de Dios¹. Nos estimula a recibirla como fuerza², a que aprendamos a descansar en ella³, y a reconocerla como virtud de los fuertes⁴. La ternura es el nombre que toma la misericordia; es la actitud que los consagrados queremos encarnar y convidar a nuestros hermanos y hermanas de comunidad, y a aquellos que están sufriendo las consecuencias de este virus.

En nuestros ambientes, escuchamos mucho hablar acerca de volver a la «normalidad». En los grupos de personas no falta quien la mencione, la evoque y hasta la añore. El papa

¹ PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (Roma, 24 de noviembre de 2013), 88.

² *Ibid*, 270.

³ *Ibid*, 279.

⁴ *Ibid*, 288.

Francisco, en una de sus catequesis, nos recordó que la normalidad ya se encontraba enferma de injusticias, desigualdades y degrado ambiental:

«La normalidad a la cual estamos llamados es la del Reino de Dios [...] El gesto que hace ir adelante a una sociedad, una familia, un barrio, una ciudad, todos, es el de darse, dar, que no es dar una limosna, sino que es un darse que viene del corazón. Un gesto que aleja el egoísmo y el ansia de poseer. Pero la forma cristiana de hacer esto no es una forma mecánica: es una forma humana. Nosotros no podremos salir nunca de la crisis que se ha evidenciado por la pandemia, mecánicamente, con nuevos instrumentos —que son importantísimos, nos hacen ir adelante y de los cuales no hay que tener miedo—, sino sabiendo que los medios más sofisticados podrán hacer muchas cosas, pero una cosa no la podrán hacer: la ternura. Y la ternura es la señal propia de la presencia de Jesús. Ese acercarse al prójimo para caminar, para sanar, para ayudar, para sacrificarse por el otro⁵.

La cura, para los grandes virus humanos y socioeconómicos consistirá, por tanto, en que hagamos presente el Reino; que nos demos a los demás, y donándonos, manifestemos la ternura visible del Padre, esa misma que comunicaron Jesús, su Madre, y nuestros queridos fundadores y fundadoras.

En efecto, ninguno de nosotros podemos eludir esta responsabilidad. Lo hacemos con toda nuestra persona, pero queremos prestar más atención a los ojos, los oídos y las manos, sentidos que nos permiten cuidar y confortar a los más necesitados.

Ojos. Sabemos de sobra que una cosa es ver y otra, muy distinta, es mirar. La mirada es la evidencia de nuestra interioridad; es la cortesía humana por antonomasia, y el anuncio evangélico de redención, capaz de ofrecer perdón al pecador y reestablecer la dignidad a los hombres y mujeres heridos. «Jesús nos enseñaba esta actitud cuando nos invitaba a mirar los lirios del campo y las aves del cielo, o cuando, ante la presencia de un hombre inquieto, “detuvo en él su mirada, y lo amó”» (Mc 10,21)⁶. Hoy, los barbijos nos impiden hablar, pero no mirar. Tenemos la dicha de vernos a los ojos y transmitir con ellos la ternura infinita del Señor. ¡Bendita mirada que reconoce en el otro a un ser amado desde toda la eternidad, porque contempla y aprecia la obra del creador en él!

Oídos. Lo más importante de este sentido es la escucha. Podemos comunicar ternura a través de una atención plena; por eso, creemos fundamental desplegar la empatía. Cada vez

⁵ PAPA FRANCISCO, Audiencia general, Patio san Dámaso, miércoles 30 de septiembre de 2020.

⁶ PAPA FRANCISCO, Carta Encíclica *Laudato si'*, Sobre el cuidado de la casa común (Roma, 24 de mayo de 2015), 226.

que escuchamos con el corazón, nos mostramos empáticos. De este modo, hacemos sentir al otro lo valioso que es y cuánto nos importa. Se trata, de que nos enfoquemos en el hermano, buscando su mayor bien y ayudándolo a que despliegue lo mejor de sí. Esta actitud, nos permite un nuevo modo de vivir y de estar en la realidad, superando «la ansiedad enfermiza que nos vuelve superficiales, agresivos y consumistas desenfrenados»⁷. Ejemplo de esto nos da María, en las bodas de Caná. Ella sí que estuvo plenamente allí (cf. Jn 2,1ss).

Manos. Las manos nos permiten acariciar, abrazar, y ninguna de estas actitudes las encontramos hoy recomendadas en el protocolo sobre la pandemia del Covid-19. Pero las manos, siempre nos podrán ayudar a crear un buen trato. Son parte elemental de nuestra convivencia, reuniones y charlas informales. Somos testigos, en los barrios donde vivimos, de haber visto muchas manos que se activaron para paliar y responder a las necesidades, ya sea en comedores, ollas populares, entrega de mercaderías, compras a los vecinos enfermos y mayores, como tantos otros signos de solidaridad. La expresión «con las manos en la masa», nos sigue invitando a un mayor compromiso y a una clara opción por la inclusión.

«Tenemos que ir adelante con la ternura. Una sociedad solidaria y justa es una sociedad más sana. Una sociedad participativa —donde a los “últimos” se les tiene en consideración igual que a los “primeros”— refuerza la comunión. Una sociedad donde se respeta la diversidad es mucho más resistente a cualquier tipo de virus»⁸.

Finalmente, si somos capaces de transmitir ternura con nuestra mirada, nuestra escucha y nuestras manos, nos convertiremos en referentes de vida, transmisores de valores, y generadores de vínculos. De lo contrario, solo comunicaremos amargura, frustración y resentimiento. Por lo tanto, el desafío es enorme, pero muy apasionante. Volvamos nuestra mirada a María para creer de nuevo en lo revolucionario de la ternura; para escuchar a Jesús, tal como nos recomendó ella; y para poner en nuestras comunidades, verdadera calidez de hogares, con diálogo, respeto y buen trato.

⁷ LS, 226.

⁸ Papa Francisco, Audiencia general, Patio san Dámaso, miércoles 30 de septiembre de 2020.